

La idea de la obra, entonces, se aleja del libro comentado, como en tantos otros, y su centro gravita en la valoración de la conciencia subjetiva, la percepción individual, la pasión, el sufrimiento y el afecto hacia la libertad. Porque, según Barainsky, la creación es una salida al conflicto, una realización de la síntesis entre dos tensiones límites: la vida y la muerte. Pero cuando la enfermedad no redundaba en un acto creativo, la pulsión tiende hacia un lugar único: lo tanático, imposibilitando la síntesis, evitando la construcción de lo vital, de lo nuevo, de lo complejo de una realidad no fragmentada.

Los soliloquios de Gómez Jattin eran una manera de hablarse a sí mismo, sin intención de entablar el diálogo con otros, ya que sólo le importaba desplegar su carácter, la introspección y la duda, todo para sí mismo, discurso del yo absoluto.



Contrario, por ejemplo, a Antonin Artaud, con quien se le ha comparado, autor que dilucidaba una palabra ceremonial, explorando diversos estados del espíritu, encantando, conjurando, imaginando consciente e inconscientemente, enlazando el sentido estético y la emancipación de las energías irracionales sobre la obra, es decir, fabricando imágenes dispuestas significativamente, que sobrepasan a las vivencias confusas y quebrantadas.

Nos referimos a los atributos de la locura ritual que se da cuando la obra tiene aspiración a la trascendencia, a una alta expresión espiritual y dialogizante, ya que todo rito precisa de cooperación, convicción, unidad de acción y lenguaje, de ex-

presión y comunicación, todo para augurar su eficiencia y poder.

No es suficiente la aventura biográfica (caso semejante al de Porfirio Barba Jacob) que despierte en el lector sensaciones de amenaza, riesgo y dolor, la pasión desnuda donde el principio y el fin son vehemencia, inclinación intensa, enardecimiento, resistencia y aguante.

Más allá de los sentidos exaltados, de la vida opresora, de las angustias torturadoras, de las decepciones y dolores, es menester advertir la obra como actividad constructiva, una muestra de vigorosidad estética e intelectual. Luego sí la exacerbación del creador, el arrebató, las aventuras terroríficas, sus composiciones sepulcrales, sus alucinantes visiones, su solitaria angustia, la droga, la embriaguez, el horror, la perversidad, el escudriñamiento del mal y su rompimiento con el mundo.

Una vida que conmueve, sin el respaldo de una obra sólida, puede precipitar al biógrafo testimonial a mitificar una personalidad fuerte e intensa, y limitarse sólo a sus sentimientos, estimaciones y cambios anímicos, a sus extremas grandezas y extremas miserias.

GABRIEL ARTURO CASTRO

### **...en otras palabras..., la ciencia**

#### **La tautología darwinista y otros ensayos de biología**

*Fernando Vallejo*

Ediciones Número, Bogotá, 1999,  
383 págs.

Que los peces se adaptaron al agua porque sin agua los peces no serían peces, es más o menos una caricatura de la teoría de la adaptación, uno de los puntales de la teoría general de la selección natural construida por Darwin a mediados del siglo XIX. Es también un ejemplo de tautología. Darwin nunca escribió tal cosa, pero

ésta es la manera como el escritor y biólogo *aficionado* Fernando Vallejo entiende la significación científica de las formulaciones darwinianas. En su momento, la tesis de Darwin resultaba novedosa como una manera de explicarse la vida y sus innumerables presentaciones en especies (y, agregaría también Vallejo, en *clonoespecies*, que también son conjuntos de seres vivos), pero hoy resulta una perogrullada pensar que si una especie o cualquier individuo viven es porque están adaptados a algo. En realidad, ahora sabemos que es una perogrullada gracias al mismo Darwin. No es la tautología misma, extemporánea, la que quiere denunciar Vallejo; es su significación igualmente tautológica (y deficitariamente explicativa) dentro de la concepción total de la teoría evolucionista. Y no de cualquier teoría evolucionista, sino de la contenida específicamente —libro en mano— en *The Origin of Species by Means of Natural Selection or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*. Como buen ensayista, Vallejo no pierde de vista ese objeto concreto de su ensayo, lo picotea sabiendo escoger sus fragmentos claves, lo dobla y lo desdobla, lo manipula familiarmente, nos hace entrar en él. Parece regirse por un soberano desprecio hacia el simiesco Darwin, y sin embargo, en su enjundiosa empresa —“Introducción” y al menos cinco o seis ensayos del libro— asistimos a un riquísimo diálogo, con muchas vueltas en redondo y no pocas cadenas tautológicas, que nos gana la simpatía hacia el antidarwinista y también hacia ese maravilloso edificio de observaciones, especulación y teoría que a cerca de siglo y medio de su nacimiento sigue siendo marco obligado de referencia para la ciencia biológica y aun para sus detractores.

En efecto, Vallejo procede por acumulación de ejemplos y ampliaciones sobre unos cuantos puntos álgidos y polémicos de la teoría de Darwin; puntos, ejemplos y ampliaciones repartidos a lo largo de la mayoría de los ensayos del libro. Con lo cual un ensayo complementa al otro posibilitando que el libro

sea leído como un solo texto en varios capítulos. Si dejamos de lado el ensayo titulado “El bosque visto a vuelo de pájaro”, sátira contra la abrumadora “producción” de “literatura” científica en el mundo, este libro de Fernando Vallejo bien podría titularse *Biología no evolucionista*, y así evitaríamos subtítular “y otros ensayos”. No exagero: estos ensayos no sólo comentan negativamente una teoría que se conceptúa equivocada o sofística (vale también para la de Mendel, en el ensayo “Dominancia y recesividad”); en realidad, propone sobre la radiografía de la teoría atacada una teoría alterna (contra evolución conservación, esto es, *necesidad*, en el sentido fatalista del término) y se aventura a especular abusivamente (en la mejor implicación ensayística de la palabra), es decir, a formular hipótesis que no vienen precisamente de un trabajo de campo o laboratorio sino de un magnífico, obstinado y casi lujurioso paseo por esa misma “literatura” científica que tanto le sirve de hazmerreír a nuestro novelista biólogo.

Algunos de esos puntos álgidos sobre los que vuelve una y otra vez Vallejo, desafiando la tentación de la tautología, son: no hay selección natural gradual; hay, en cambio, exterminio discriminado; no hay adaptación sino aclimatación; la evolución no da origen a especies nuevas; las especies se originan por aislamiento reproductivo e incesto; la reproducción sexual es requisito sine qua non para la especiación y la conservación de las especies; Darwin procedió confusamente en su estudio y redacción y confundió a toda la ciencia biológica posterior empeñada en seguir su esqueleto explicativo; la biología no puede tener leyes porque la naturaleza no las tiene sino que juega al azar con las excepciones. Estos hitos del pensamiento y la observación de Vallejo redundan en variantes, se enriquecen con ejemplos y se repiten ampliándose, justo allí donde su autor, tras recopilar más y más información y trabajar un ejemplo capital, considera necesario reiterarlos como colofón, pues, de otra cosa.

Un ejemplo de este empecinamiento —que es más bien la certeza de tener a mano un ejemplo epifánico, una imagen reveladora, la conjunción o disyunción de la teoría con lo visible— es la idea del exterminio discriminado y drástico que operan unos agentes de la naturaleza sobre algunas especies, tomada de la observación de Kettelwell acerca de las polillas claras que son comidas por los pájaros en el bosque invadido de residuos industriales, mientras las polillas pardas de la misma especie sobreviven porque no son comidas. El ejemplo es retomado más de una decena de veces en la “Introducción” y sobre todo en el primer ensayo que da título al libro. El ejemplo es tan elocuente para Vallejo (y está trabajando sobre una investigación posterior a Darwin, para mostrar que en cierta medida lo impugna), que lo usa desde distintas perspectivas que sirven para darle vuelta a la tuerca: selección no es adaptación; la adaptación como sobrevivencia es un concepto vano y tautológico; la selección natural gradual no existe; Kettelwell no hablaba del mismo fenómeno de que hablaba Darwin; no hay preservación sino exterminio; ninguna especie nueva se origina en este proceso, más bien una especie amenaza con extinguirse; la selección natural drástica es equivalente a la selección artificial... Pero la estrategia no es vulgarmente tautológica: para cada perspectiva o punto de vista, el ejemplo y la reiteración de la idea cobran un nuevo matiz articulado al nuevo contexto creado por el párrafo en que se desenvuelve la argumentación.

Otro ejemplo de esta atención nuclear que sabe escoger de entre la multitud de datos el fenómeno epifánico o revelador, es su insistencia en el caso del *Volvox*, que aparece mencionado primero en “Especiación y evolución” como ejemplo de un organismo superviviente en la actualidad que así como se reproduce clonalmente también lo hace asexualmente mediante la producción de cigotos provenientes de óvulos fecundados por espermatozoides. La observación no apa-

rece enterrada en una simple descripción de manual de bachillerato sino cargada de significación en el medio de una reflexión sobre el origen de las especies y sobre el qué, por tanto, puede entenderse por especie y qué no, qué es un individuo nuevo y qué es un clon. En semejante intrínquilis está contenida toda una impugnación de lo que significa la palabra *evolución*, siempre apasionante porque supone la confrontación de nuestro propio destino (y azar). El estudio del *Volvox* vuelve a aparecer, nuclearmente, en “El huevo y la gallina”, para cantar una efímera palinodia después de haber afirmado que de hecho el huevo es siempre anterior a la gallina, y mostrar que la no tan bizantina cuestión se relaciona directamente, también, con la cuestión de la definición de una especie, pues el *Volvox* es un ejemplo de clonoespecie que puede ser especie, no así la gallina ni el hombre. El ejemplo es un caso excepcional, y son justamente esas excepciones las que apasionan a Vallejo, especialmente porque rompen la norma y arman el desbarajuste de las clasificaciones, de las taxonomías y de las “leyes científicas”. Al mismo tiempo, al revertir el dato biológico a sus preguntas fundamentales, toca el ámbito filosófico como un tiento (no como un propósito académico o científico) y nos abisma en un replanteamiento de nociones como sexo, individuo, hermafrodita, descendencia, herencia, perpetuación, extinción...



El dominio que demuestra Vallejo sobre su tema es abrumador, visible no tanto en sus ingentes enumeraciones y descripciones de procesos biológicos, especies, sub-

especies o historia de la biología, como de su coherente manejo de ese ingente material hacia unas pocas generalizaciones, siempre problemáticas desde el punto de vista científico, pero bien claras para el autor que sabe qué se propone declarar a ultranza. Y, como queda dicho, más allá de negar la eficiencia explicativa de una teoría, introduce, en particular en el ensayo "El origen de las especies por medio del aislamiento reproductivo seguido del incesto" y en una suerte de *mise en abîme* que ignoro qué impacto podría tener entre la fraternidad bióloga del mundo, su propia especulación acerca del origen de las especies, consciente de no estar basado en una observación demostrativa pero sí en una coherente *hiperobservación* del trabajo que otros han ido empastelando al lúgubre y grandioso monumento del conocimiento científico durante siglos.

ÓSCAR TORRES DUQUE

## En tono de cuento de hadas

### Juega el amor

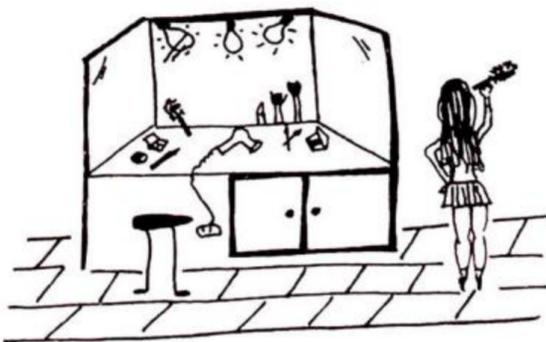
Evelio José Rosero Diago,  
Javier Fernando Porras (ilustrador)  
Panamericana Editorial, Bogotá, 2003,  
67 págs., il.

En el tono de los cuentos de hadas o de las fábulas tradicionales, Evelio José Rosero Diago nos cuenta una historia apasionada y apasionante de una reina que juega su amor frente a un tablero de ajedrez. Era una mujer poderosa, dueña soberana de valles, de ovejas y canarios y tenía a todo el mundo, joven y viejo, a su servicio. Era, además, una mujer muy bella e inteligente, tanto que todos los hombres soñaban con poseerla y hacerla suya. Pero la reina no le entregaba a nadie sus favores. Era tanta la súplica por su amor, que un día decidió jugarse ella en cuer-

po y alma en una partida de ajedrez. Quien le ganara sería su dueño. A todo el reino le pareció una sabia decisión, pues "el ajedrez es justo y equitativo como la muerte".

El primero de todos en enfrentarse a la reina fue un sabio que había vencido al Greco, el Calabrés, autor de un serio tratado de ajedrez. Todos estaban seguros de su triunfo, pues había cosechado fama de sabio en estos asuntos. Sin embargo, la reina lo derrotó en el tiempo que se demoró en comerse un racimo de uvas. Esta derrota puso en alerta a todos los ajedrecistas aspirantes a conquistar a la reina. "...todos los pretendientes, los enamorados, los ambiciosos, los aventureros, escépticos o altruistas o desarraigados, truhanes y tahúres o sencillos fanáticos, estudiaban ajedrez al derecho y al revés, noche y día"... [pág. 16]. Sin embargo, todos iban siendo derrotados, uno tras otro.

Después de ganar todas las partidas, la gente comenzó a rumorar que no era ella la que jugaba, sino un genio escondido. Aunque era una mujer buena, esta desconfianza la hizo cambiar y decidió no sólo jugar desnuda para borrar todas las dudas, sino que implantó la pena de muerte para los perdedores. El juego ahora era serio y difícil, lo que en vez de ahuyentar a los contrincantes, los aumentó, para sorpresa de la reina misma.



Con esta decisión empezaron a disminuir los hombres, pues todos iban muriendo a medida que perdían las partidas. Hubo una leve esperanza cuando un día se presentó una mujer decidida no sólo a enfrentarse a la reina sino a matarla con sus propias manos, en caso de derrotarla. La reina la venció en un pestañeo.

Sin embargo, y como un asunto entre mujeres, le perdonó la vida y le entregó uno de sus castillos.

Así siguieron apareciendo y desapareciendo los contrincantes, hasta que otro día apareció un jorobado horrible y repugnante que hizo temblar a la reina con el solo hecho de pensar en que si la vencía tendría que casarse con él. En este momento el relato se detiene un poco y mantiene al lector en suspenso describiendo cada jugada, cada movimiento de las piezas del tablero. Al final del capítulo el jorobado es vencido.

El último de los pretendientes fue un muchacho joven, vestido de blanco, que llevaba un gorrito negro en la cabeza y usaba sandalias de cuero. Por primera vez la reina se estremeció, pues sintió algo que nunca antes había sentido: el amor.

Y aquí comienza el desenlace de la historia, el cual no es necesario contar para no ahuyentar a los lectores, quienes con seguridad se llevarán una sorpresa, pues, al contrario del final feliz que se espera, por estar montada la historia sobre un típico cuento maravilloso, es un final inesperado que no merece ser llamado tampoco un final triste.

*Juega el amor* nos introduce desde el comienzo en el cuento oral, ese que los cuenteros utilizan para mantener a un auditorio suspendido en el hilo del relato, en la cadencia rítmica de los sucesos, en el espacio eterno entre una palabra y otra. Sin embargo, al analizarlo un poco nos damos cuenta de que su construcción no es tan sencilla como parece y de que no estamos solamente frente a una historia "vacuada" en un molde propio de las estructuras de la narrativa de tradición oral. La construcción de *Juega el amor* está hecha toda a partir de ese tablero de ajedrez que se vuelve reino deseado, campo de batalla, territorio de duelo y finalmente una metáfora de la vida y de la muerte. Símbolo del mundo real donde se juegan todas las partidas, donde se hacen las guerras de verdad.

Lo que empezó como un simple juego, en un territorio neutral donde lo que se arriesgan son los sueños y los deseos y al final salimos indem-